

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (Eclesiástico 3, 3-7.14-17a): *Sé constante en honrar a tu padre.*

Salmo (127, 1-2.3.4-5): *«¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!»*

2ª lectura (Colosenses 3, 12-21): *El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo.*

Evangelio (Lucas 2, 22-40): *Este está puesto para que muchos caigan y se levanten.*

Hace apenas unos pocos días que celebramos el nacimiento de Jesús, a quien los evangelios nos presentan como hijo de Dios hecho carne en las entrañas purísimas de María. Ella no fue un mero recipiente de la iniciativa de Dios, sino participante, libre y voluntaria, en el proyecto divino, gracias a la invitación que se le hizo a través del mensaje del ángel y que ella aceptó con todas sus consecuencias.

José tuvo que pasar otras vicisitudes antes de saber todo lo que había ocurrido. En su silencio, José aparece como un hombre justo, piadoso, bueno, capaz de analizar las situaciones y de tomar decisiones valientes. También después de la revelación de Dios en sueños, muestra su capacidad de colaborar libremente en el plan de Dios, sin contabilizar los costos.

A las mamás, sobre todo a las primerizas, se les felicita, se las colman de regalos para ella y su niño y se les llena de buenos deseos y ya está... Cada niño es una promesa y es un enigma. Cada uno aporta novedad a su hogar y cada uno presenta sus exigencias propias. Con cada hijo la familia se reinventa y, con las dinámicas que la vida familiar implica, lo único seguro es que no habrá mucha estabilidad en nada; lo único permanente será el cambio.

Lo vivieron José y María y lo viven cada una de las demás familias, incluidas las nuestras, por supuesto. Todas con vocación a que el amor sea el catalizador de los numerosos momentos que hayan de vivir, unos alegres, otros tristes y todos desafiantes. Pero esta familia no es tan ordinaria, aunque así lo vaya a parecer durante treinta años, en su tierra de Galilea y en su pueblo de Nazaret.

La purificación de la mujer ocurría en el ámbito doméstico, no en el templo, y tenía como finalidad reintegrar a la mujer a sus labores cotidianas, así como a las prácticas religiosas, unos cuarenta días después del nacimiento del niño. Otro asunto era los primogénitos machos de hombres y animales que, según la ley: pertenecen a Dios. Los animales se le ofrecían como sacrificio en el Templo, pero los niños eran presentados y “rescatados” a través de alguna ofrenda digna. La ofrenda que llevan José y María es la de los pobres, un par de tórtolas o dos pichones.

José y María habían empezado a construir un hogar y un proyecto familiar en su pueblo natal. Como narran los Evangelios también Dios proyectaba sobre ellos una Buena Noticia: la que en Nazaret había llegado a María como viniendo de Dios mismo; la que en Belén contemplaba en el pequeño y frágil cuerpo de un niño, su hijo; y que años después volverían a escuchar en Jerusalén, de la boca de Simeón y Ana, inspirados por Dios.

Hasta estos momentos el relato evangélico de Lucas, José y María aparecen como una familia fiel a las tradiciones, respetuosa de la Ley y económicamente pobre. Pero lo que sucede enseguida, lo que escuchan acerca de su Niño, debe haberles dejado pensativos por mucho tiempo. Después de todo, cada momento es nuevo. Llevando en su corazón todo lo acontecido, volvieron a su casa en Galilea.

La familia es el lugar donde venimos al mundo y nos sentimos protegidos, queridos, cuidados. Pero toda familia es a la vez una confluencia de proyectos, entre los cuales el de Dios es para el creyente uno fundamental. Por muy distintas que sean las familias, aunque los modelos varíen entre generaciones y culturas, una familia se define por el amor que les une y da protección, cariño y cuidado. Este es el modo de vivir que Dios quiere para nosotros, y que él realiza primero, como Padre Bueno.

Cuando las lecturas nos hablan de que en la familia es preciso respetarse y honrarse unos a otros, especialmente los hijos a los padres, se dice con ello que el respeto y la autoridad no nacen espontáneamente, sino que son los frutos del cariño. Sobre el amor cariñoso que los padres depositan entre ellos y hacia sus hijos se construye una familia, y se aprende a vivir dando, ofreciendo y entregando, con la bondad, humildad, dulzura y comprensión que Pablo pedía para la comunidad de Colosas.

Es en familia donde los hijos aprenden de sus padres a “cuidar” y los padres aprenden de sus hijos cómo “cuidarles”; porque para cuidar hacen falta dos que se quieren y se respetan: dos con necesidades diferentes, pero que como esposos de..., hermanos de..., nietos de..., abuelos de..., o descubren lo que el otro necesita y así se ocupan y preocupan de él. El “cuidado” tiene su propia lógica, que escapa a los cálculos del beneficio, e invita a la suma de confianza, pero que sobre todo requiere tiempo: tiempos para cuidar.

Vivimos en un mundo demasiado rápido, sin tiempo o con tiempos cronometrados: una sociedad competitiva, ansiosa, hostil. Frente a ello, escuchar las palabras de Simeón y Ana en el Evangelio de hoy y contemplar a la familia de María, José y Jesús en el Templo de Jerusalén, nos evoca el silencioso tiempo de los cuidados que aprendió Jesús, como reflejo del amor del Dios Padre que cuida inmensamente siempre: Buena Noticia para todo el que la escuche.